

En BUSCA del MISTERIO

¿Quién no desearía
salir a la búsqueda
del misterio recorriendo
los lugares
más apasionantes
y desconocidos?

**Fernando
Jiménez del Oso**



Una oportunidad única de recorrer junto al Doctor Jiménez del Oso los caminos más apasionantes en busca del misterio. El Valle del Indo, la Isla de Pascua, el Mar Muerto, el Valle Sagrado de Teopoztlán... Lugares remotos que el autor recorrió durante su vida para podernos narrar de primera mano todos sus misterios.

El último libro que escribió Fernando Jiménez del Oso (fallecido en 2005) se ha convertido en las memorias de toda una vida plenamente dedicada a descubrir los enigmas más fascinantes allí donde se encontraran.

Un relato que resume toda una vida dedicada a su pasión por los enigmas, con rigor antropológico e histórico, pero sin olvidar su dimensión más desconocida.

●
«Estás páginas le van a trasladar a los países y lugares más enigmáticos del planeta Tierra.»

Juan Antonio Cebrián

●



www.nowtiluspuzzle.com



ENIGMAS
HISTÓRICOS

73

EN BUSCA DEL MISTERIO FERNANDO JIMÉNEZ DEL OSO

EN BUSCA DEL MISTERIO
FERNANDO JIMÉNEZ DEL OSO

ENIGMAS
HISTÓRICOS



ISBN 84-96525-72-4
9 788496 525726
7,95 €

PUZZLE

PUZZLE

En busca del misterio

Fernando Jiménez del Oso



Título de la obra: En Busca del Misterio

Autor: Fernando Jiménez del Oso

Editado para Puzzle Editorial de Libros S.L. por Ediciones Nowtilus S.L.
www.nowtiluspuzzle.com

Copyright de la presente edición: © 2005 Ediciones Nowtilus S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 - Madrid

Primera edición: Septiembre 2005

Diseño de la colección: Damiá Mathews

Diseño e ilustración de Opalworks sobre fotografía de Corbis

Realización de interiores: Grupo ROS

Printed in Spain

Impreso por Litografía Roses

Energía 11-27

08850 Gavá (Barcelona)

ISBN: 84-96525-72-4

EAN: 978-84-96525-72-6

Depósito legal:

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la perceptiva autorización.

Índice

Prólogo de Juan Antonio Cebrián	vii
1. La isla perdida	11
Los muros «incas»	35
Un enigma resuelto	41
La función de los <i>ahu</i>	50
Los demonios de Pascua	58
Iban solos... ..	62
2. Del Pacífico a Pakistán	77
Acariciando el misterio	81
La escritura que viajó en el tiempo	87
El asno indio	92
Karachi	98
Mohenjodaro	103
Los sellos del Valle del Indo	116
3. Soñadores de prodigios	123
El señor de Teopoztlán	127
El valle sagrado de Daniel Ruzo	128
Marcahuasi	138
El sueño de Waldemar Julsrud	144
Las figuras de Acámbaro	147
¿Por qué tanto misterio?	150
4. El maya que no viajó a las estrellas... ¿o sí?	165
La ciudad del estuco	172
Detrás de lo aparente	183
Destino: Venus	188
El auténtico misterio está debajo de la losa	192

5. Erks, la ciudad que nunca vi	199
Una sierra cargada de enigmas	205
El bastón de mando	213
6. Memorias del mar muerto	221
Un feo dios de hermosas obras	234
Un misterio cubierto por la sal	246
Masada	249

Prólogo

UN EXPLORADOR EN BUSCA DEL MISTERIO

Sensatez, honestidad, templanza esas son las primeras palabras que acuden a mi mente cuando invoco la figura de mi querido amigo Fernando. Todo un icono del misterio, un divulgador de raza, de esos que aparecen cada cierto siglo para deleite de sus coetáneos. Aunque debo confesar, y lo haré en estas líneas, que mantengo algunas sospechas sobre el verdadero yo de Jiménez del Oso, me explicaré querido lector: usted no se ha fijado en la imagen de Fernando, tan atractivo, tan asentado, con esas ojeras características, esa mirada profunda, verdad que lo está visualizando en estos momentos. En efecto, no ha variado ni un ápice en los últimos decenios, y, es más, desde aquí me atrevo a decir que no ha cambiado nada en las últimas centurias. Porque Fernando, hora es de decirlo, es el conde de Saint Germain, sí amigos, ésta es la única verdad, si no fuera así no se podría explicar la cantidad de conocimientos albergados por esta lúcida mente.

Lo descubrí un buen día en el que fui invitado a pasar una magnífica velada en casa de Pilar y Fernando. En un descuido de esta entrañable pareja, me deslice entre las sombras góticas de los pasillos hasta llegar al despacho del doctor, un espléndido santuario de la sabiduría. En la estancia de estilo indefinible me topé con libros polvorientos, objetos de toda índole y procedencia y un retrato extrañísimo donde aparecía Fernando vestido a la usanza medieval. En medio del éxtasis apareció él situando su mano sobre mi hombro, el susto fue tremendo, pero su sonrisa cómplice consiguió calmarme, me explicó que ese era su reducto

secreto y que lo del cuadro no tenía importancia dado que se había pintado en un momento de diversión utilizando un traje que había pertenecido a no se sabía quién, asentí con mirada complaciente y callé, pensando que su secretillo quedaría bien custodiado. Terminamos la fiesta y no se volvió a hablar más de aquel asunto.

Recuerdo con emoción mis largos años de amistad con Fernando, la primera vez que nos estrechamos la mano fue en la madrileña calle Velázquez cuando yo realizaba mi programa *Turno de noche*. En aquella madrugada propia de vampiros y hombres lobo, apareció entre las brumas originadas por el tabaco y el café humeante, yo estaba muy nervioso puesto que admiraba profundamente al personaje con el que iba a mantener una amigable conversación radiofónica. Como a todos los ídolos, también había mitificado a Jiménez del Oso, su larga y dilatada trayectoria profesional no dejaba lugar a la duda, más de ochocientos documentales televisivos, otros cientos de programas radiofónicos, la fundación y dirección de revistas como *Espacio y tiempo* o *Más allá de la ciencia*, libros, reconocimientos, en fin que tenía ante mí a todo un héroe de la comunicación española.

La entrevista se convirtió en amigable conversación, y, como siempre, terminó por cautivarnos a todos. Esa noche los teléfonos ardieron, los oyentes, tan entusiasmados como yo, pidieron más y más, ya que los sesenta minutos ofrecidos supieron a poco. Ese es Fernando, un inmenso contador de historias, alguien del que te puedes fiar, uno de los mejores psiquiatras de nuestro país, porque además de contar sabe escuchar y esa cualidad muy pocos la tienen.

Él sabe perfectamente que lo queremos y admiramos, lo sabe, créanme, pero nunca lo verán subido al pedestal, no, Fernando no es así.

Esa noche me demostró que seríamos amigos para siempre, tenemos una forma de ver la vida muy parecida, salvo algunas

excepciones como las de pasear por los cementerios o coleccionar algún hueso que otro.

Hace tres temporadas que me concedió el honor de su colaboración en *La Rosa de los Vientos*, mi actual programa de radio, obviamente el espacio de Fernando es uno de los más aplaudidos por parte de la audiencia, y, es que, todo lo que hace este hombre tiene tanta magia y tal poder de seducción que es muy difícil sustraerse a lo que analiza, comenta u opina. Su editorial en la revista *Enigmas* es toda una referencia para los que seguimos con pasión los asuntos del misterio, lo que escribe Fernando va a misa, aunque como él mismo dice «todo es cuestionable», incluido su editorial. Pero, y digo yo, que pasará cuando dentro de cien años Fernando Jiménez del Oso siga ahí, seguramente nada puesto que habrá cambiado de nombre.

Por eso tenemos una oportunidad única de descubrir la verdadera personalidad de Fernando Jiménez del Oso y es con este libro que usted tiene entre las manos. *En busca del misterio*, tiene algo más que texto y magníficas fotografías, esta obra refleja la vida de uno de los personajes más apasionantes de la historia contemporánea española. En efecto, estas páginas le van a trasladar a los países y lugares más enigmáticos del planeta Tierra. Jiménez del Oso descubre para usted, no sólo grandes centros de misterio, sino también sus intuiciones, opiniones e investigación de tantos años al filo de lo inexplicado.

Fernando, con prosa propia de la Generación del 98, nos explica cómo entrar en los recóndito, lo oscuro, lo aislado; se convierte, sin pretenderlo, en el mejor cicerone que nadie pudo soñar y es importante que en estos tiempos de papanatismos ilustrados nos dejemos llevar por alguien que aplica la racionalidad en grado extremo, porque si Voltaire resucitara, seguramente pediría a Jiménez del Oso su colaboración para la nueva enciclopedia del raciocinio.

Fernando es un médico especializado en la mente humana, con más de treinta años de carrera, sus pacientes lo adoran, seguro

que si tratara a Woody Allen lo curaría en pocas sesiones. Pero ante todo mi amigo es un humanista, un amante del planeta Tierra y de sus misterios.

¿Verdad querido lector que Fernando parece saber más de lo que cuenta?, pues sí, yo lo ratifico, sabe mucho más de lo que dice y si usted lee con detenimiento este libro, se dará cuenta que mis palabras no son vanas.

Busque cual mente renacentista entre las páginas de esta obra, descubrirá hoteles de extraño encanto donde se combinan enigmas y bichos criptozoológicos, sitios remotos llenos de construcciones imposibles para la mente humana de nuestros días. Pero lo principal es que van a conocer la verdadera esencia filosófica de Fernando, aquí están sus mejores aventuras, sus pasiones, su contacto con la vida, y algo muy peculiar que para mí no ha pasado desapercibido, fíjense que después de tantos años, de tantos viajes y de tantas gastronomías inauditas, a Fernando nunca le ha pasado nada ¡Se dan cuenta!, reiteró mi tesis, ¡es el conde de Saint Germain!, bueno vale, si no es el conde por lo menos un primo carnal, pero lo que sí sé es que mi amigo tiene el secreto de la piedra filosofal y estoy convencido que gracias a este libro lo va a compartir con todos ustedes, imaginen y disfruten.

JUAN ANTONIO CEBRIÁN

Capítulo 1

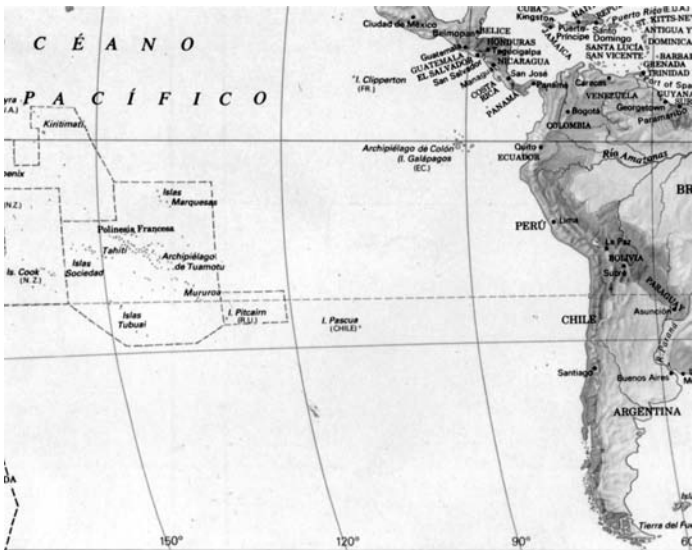
LA ISLA PERDIDA



*H*abía visto acondicionadores de aire como aquél en las películas norteamericanas de los años cincuenta. No dejé de sentir cierta emoción; un aparato así sólo puede contemplarse ya en un museo. Era tan grande que ocupaba media ventana y, una vez puesto en marcha, su ruido podía competir con el de un reactor a plena potencia. El efecto, aunque impresionante, duraba poco, porque en uno o dos minutos saltaban los plomos. No sé bien por qué razón, pero durante la noche el problema se solucionaba en parte y el padre de todos los acondicionadores funcionaba sin interrupción. A cambio, el tubo fluorescente del techo no llegaba a encenderse por completo e iluminaba intermitentemente la habitación con una luz espectral que apenas permitía ver el mobiliario, lo que, salvo por la irritación de los ojos, no dejaba de ser un consuelo. Fue durante la primera noche, cuando, a la luz de ese indeciso fuego fatuo, vi al que iba a ser mi compañero de cuarto durante una larga semana. No puedo precisar su especie, porque la visión duró lo que uno de esos fugaces parpadeos de neón, pero resultó suficiente para apreciar que se trataba de un bicho blanco parecido a una salamanquesa de no menos de cincuenta centímetros; es decir, tan grande como para que, dadas las circunstancias, me pareciera gigantesco. Tuve tiempo de verlo correr por la pared y esconderse detrás de un sillón. Cuando se ha viajado lo suficiente, uno aprende cuán importantes son la tolerancia y la discreción para una correcta convivencia, así que trasladé el camastro al centro de la estancia y no moví el sillón ni su pareja, tanto por no importunar a mi anfitrión como por no saber qué otros ejemplares de la fauna local me hacían compañía. Satisfecho sin duda con el arreglo, no volvió a dejarse ver, lo que desde aquí le agradezco, y de paso le envío un emocionado recuerdo.

Pese a todo, según el productor, se trataba del mejor hotel de Larkana. Y debía serlo por su pretencioso nombre, Green Palace, aunque no estaba pintado de verde y, desde luego, no era un palacio. Me he alojado en sitios peores, y éste, aparte de lo ya comentado, ofrecía a huéspedes y visitantes el singular atractivo de estar siempre en tinieblas. La razón, me dijeron, era el calor. Por mitigarlo, el salón-bar-comedor tenía las pesadas cortinas continuamente echadas y las bombillas daban una luz tan mortecina, que todos parecíamos asesinos en serie planeando nuevos crímenes, además de no saber en ningún momento qué estábamos comiendo exactamente, lo que quizá era una suerte...

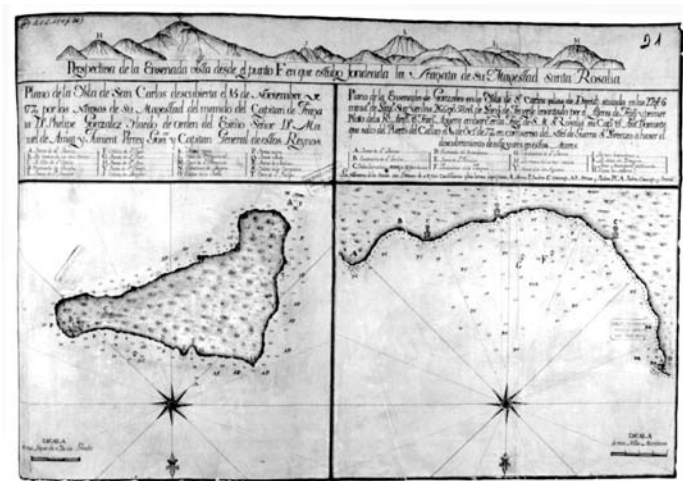
A estas alturas, es probable que el lector se pregunte qué hacía yo en aquél rincón de Pakistán, pero si quiere saberlo, como yo espero, deberá tener paciencia, porque la razón estaba en el otro lado del mundo y a unos diez años de distancia, en la Isla de Pascua, así que comencemos por el principio y vayámonos allí.



Situación de la Isla de Pascua en el océano Pacífico.

Su incorporación al acervo de tierras conocidas y, con ella, la pérdida de su mísero aislamiento, dejó en los pascuenses un amargo sabor de boca y el sentimiento de que mejor hubiera sido que nadie los descubriera, porque aquella visita se saldó con la muerte de una docena de ellos. Afortunadamente, y no es por hacer patria, el siguiente desembarco, el 20 de noviembre de 1770, protagonizado por dos barcos españoles, el navío San Lorenzo y la fragata Santa Rosalía, bajo el mando de Felipe González de Haedo, resultó mucho más satisfactorio y productivo. Levantaron mapas de la costa y del interior, se estableció contacto amistoso con los isleños y quedó constancia por escrito de todo ello (documentos que quien esté interesado puede encontrar recogidos en un magnífico libro de Francisco Mellén Blanco: *Manuscritos y documentos españoles para la historia de la Isla de Pascua*, Biblioteca CEHOPU, 1986).

Cómo era inevitable, los recién llegados tomaron posesión de la isla en nombre de Carlos III, llamándola isla San Carlos en su honor. La historia está llena de atropellos similares. Sin otra



Mapa de la isla levantado por la expedición de Felipe González de Haedo



En estas fotografías se puede apreciar claramente la estructura de un ahu: los moai descansan sobre piedras papa-ebe («piedra de asiento») y éstas, a su vez, sobre el muro. Por delante de éste se extiende la tahua, formada por dos tipos de cantos rodados, en la que suele haber incluidos restos humanos.



El autor en el interior del cráter apagado del Rano Raraku, en el que se ha formado una laguna donde crece libremente la totora.

No es preciso un derroche de imaginación, basta con fijarse en los que estaban siendo trasladados para darse cuenta de que los llevaban boca abajo y con la cabeza por delante. Esa simple observación permite descartar el uso de rodillos, ya que, de utilizarlos, las estatuas habrían sido trasladadas necesariamente boca arriba, con el dorso, su parte más lisa, descansando sobre ellos. Además, la escasez de árboles, constatada por los primeros europeos que desembarcaron en la isla, obliga a descartar su uso, al menos, de forma generalizada. El sistema tuvo que ser otro, ¿pero cuál?

Campbell sugiere uno basado en la utilización de un madero con forma de «Y» u horquilla en el que encajaba el cuello del moai: «En esta forma se podía ejercer la tracción de la figura sobre los troncos sin dañarla». Sobre el papel suena bien, pero invito al lector a que trate de imaginar como resultaría en la práctica: supongamos al moai –uno mediano, de doce toneladas– con su cuello apoyado en la horquilla. Tirando con cuerdas de las ramas superiores de ésta y dado que su extremo inferior encuentra resistencia al deslizamiento en el suelo, haríamos bascular la estatua hacia adelante, hasta que ese extremo inferior quede por detrás de la vertical... y la estatua dé con sus narices en tierra. Conseguido tan gracioso efecto, sería necesario

Capítulo 2

DEL PACÍFICO A PAKISTÁN



En la ladera del cerro Pua Katiki, al nordeste de la isla, hay tres pequeños promontorios que, como todo en Pascua, tienen nombre propio: Ma'unga Parehe, Ma'unga Vaitu Roa-roa y Ma'unga Tea-tea. En ellos se colocaron ceremoniosamente tres cruces de madera el día 20 de noviembre de 1770. Fue parte de los actos oficiales llevados a cabo por la expedición de Felipe González de Haedo, quien tomó posesión de la isla en nombre de Su Majestad el rey Carlos III, bautizándola con el nombre de San Carlos, por el que ya nadie la conoce. El capitán de fragata José Bustillo ordenó las tres descargas habituales en estos casos, y desde el navío San Lorenzo y la fragata Santa Rosalía, fondeados a escasa distancia de la costa, se dispararon veintiún cañonazos. Hubo un discurso, y los alborozados sancarlenses, súbditos desde ese momento de un monarca al que jamás verían y quien, a su vez, jamás tendría idea clara de dónde estaba situada su nueva posesión, prorrumpieron en gritos entusiastas. No era para menos.

Según relata F. Mellén Blanco, a quien ya he mencionado en el capítulo anterior a propósito de su magnífico libro *Manuscritos y documentos españoles para la historia de la Isla de Pascua*, el contador de navío D. Antonio Romero «levantó acta de tan solemne acontecimiento, firmando a continuación los oficiales españoles designados al respecto y tres caciques o jefe indígenas, en representación de los pobladores de la isla, como certificación de dicho acto».

Pese a no haber dudas sobre su existencia, tal documento no pudo ser encontrado por Mellén Blanco en los archivos españoles ni en los de otros países que consultó, pero sí incluye en su libro un facsímil de las firmas realizadas por los caciques, reproducción del que figura en el *Journal of the Royal Anthropological*



El trabajo de investigación realizado por el paleógrafo Guillermo de Hevesy, leído por el académico Paul Peillot en 1932 en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París, fue una auténtica conmoción: La escritura de las tablillas rongó-rongó y la de la antiquísima Cultura del Valle del Indo, eran coincidentes en un número apreciable de signos, más allá de lo que podría ser atribuido a la casualidad. En la reproducción de algunos de ellos puede observarse la extraordinaria similitud (tanto en la normal como en la ampliación, la línea superior corresponde a la escritura del Valle del Indo y la inferior a la de la Isla de Pascua). La enorme distancia geográfica y cronológica que separa a ambas culturas, abre un inquietante enigma arqueológico.



Capítulo 3

SOÑADORES DE PRODIGIOS



El pasado es seductor, insinuante, te mira con ojos en los que se intuye una promesa, una invitación muda a experimentar con él sensaciones que van más allá de lo que nunca has vivido. Pero no hay nada explícito, tal vez esa insinuación está sólo en tu fantasía y al acercarte a él vuelva su mirada hacia otro lado, ignorándote sin desprecio. Quizá sea eso lo mejor, porque si te acoge y pasa su brazo por tus hombros estás perdido, atrapado para siempre. Si te concede sus favores, si te desvela alguno de sus secretos, querrás vivir de nuevo esa inefable experiencia y seguirás buscando, sin que lo demás te importe. Si se muestra esquivo, lo hará arteramente, provocándote con un gesto, con una leve caricia, cada vez que, decepcionado, estés a punto de rendirte y renunciar a sus encantos.

El pasado quiere para sí a los soñadores: al tiempo que alimenta sus fantasías, se alimenta de ellos, los incorpora, haciéndolos parte de la historia. Los gruesos tratados de arqueología y paleontología están llenos de ellos, pero hay otros muchos que no figuran, que acaso no figurarán nunca, porque su entrega fue estéril o porque aquello que buscaban lo encontraron sólo en su imaginación. Este capítulo se lo dedico a dos de esos soñadores cuyo nombre no aparecerá en los tratados «serios». A uno de ellos lo conocí ya anciano, poco tiempo antes de su muerte, y al otro no llegué a conocerlo, pero tuve la satisfacción de exhumar su «tesoro» y sacarlo del olvido.

En tiempos de los tlahuicas y nahuas se llamaba Cuahunahuac, que significa «entre bosques», pero hoy se la conoce por el mucho menos lírico nombre de Cuernavaca, aunque, en compensación, la llaman también «la ciudad de la eterna primavera». Está bastante cerca de México D.F., por eso sigue siendo, como en época azteca y

según contaron al juez, forma de plato y volaba sin ruido, pero cuando se situó sobre el cerro, era tal el torbellino de aire que se formó bajo él, que unos se tumbaron en el suelo y otros se agarraron a lo que pudieron para no verse arrastrados. Uno de ellos tuvo peor suerte y fue lanzado por aquel viento hasta el borde del precipicio, despeñándose.

Aunque refrendados por la prensa, no investigué con detalle los hechos, sin embargo, he de añadir que quienes viven en Tepoztlán no dudan de esas y otras historias semejantes; entre otras razones, porque tales «luces» las tienen vistas casi todos. Además, no deben ser cosa de hoy, ya que la sierra goza de siniestra fama desde tiempos prehispánicos.

EL SEÑOR DE TEPOZTLÁN

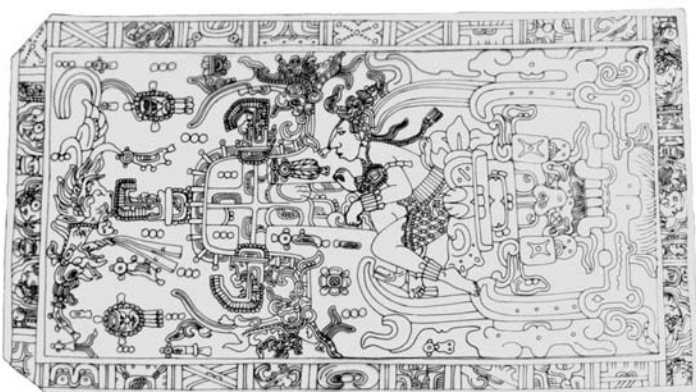
Tepoztlán es nombre náhuatl que significa «lugar de mucho cobre», y se representaba con un hacha de ese metal sobre un cerro. Tepozteco, con la misma raíz, es el nombre que designa al picacho antes aludido, dónde aún pueden verse los restos de un antiguo adoratorio chichimeca. Pero hay otro nombre más derivado del cobre: Tepoztecatl, el Señor de Tepoztlán; un personaje sin duda extraordinario. Nació de una princesa virgen, quien, para ocultar



Desde una de las calles de Tepoztlán, vista de la sierra en la que se encuentra el adoratorio chichimeca y los cerros a los que se alude en el texto.

Capítulo 4

EL MAYA QUE NO VIAJÓ A LAS ESTRELLAS... ¿O SÍ?



Aquellas, no fueron unas veladas especialmente confortables. A nuestra llegada y de día, el alojamiento nos pareció romántico: un edificio de madera con amplio porche y, diseminadas cerca de él, las habitaciones, que consistían en sólidas casitas individuales con techo de paja.

A las nueve de la noche apagaban el grupo electrógeno y, agotada la última copa y la conversación, cada cual cogía una vela o un quinqué, que de ambos estaba provisto el «hotel», y se iba a su cabaña. Ahí acababa todo el romanticismo. Por el calor y para una mejor ventilación, la pared terminaba por arriba a un metro del techo, dejando espacio para que el aire circulara libremente... y, con él, cualquier especie animal provista de alas. Pese a todo, el ambiente era sofocante y uno se tendía en la cama, convenientemente alejada de las paredes por lo que pudiera descender por ellas, como Dios lo trajo al mundo o poco menos.

Empapado con repelente para insectos y con el corazón en un puño por los horrisonos gritos de los monos aulladores, que más parecían estar junto a la cabecera que entre los árboles, me recomendaba a «San Aután» y, confiando en la benevolencia de las arañas, escorpiones y serpientes que en mi imaginación rodeaban el lecho como si fueran ángeles de la guarda, esperaba a que el bendito sueño llegara.

Con la luz de la mañana y afortunadamente indemne, comprobaba que mis temores nocturnos eran infundados: ni rastro de serpientes o de arañas peludas, a lo más, una rana y algún ciempiés. Diez segundos bajo el chorro de agua helada –en un rincón de la cabaña había un inodoro y una vetusta ducha que desaguaba en el mismo suelo– eran suficientes para despejarse sin quedar yerto y emprender el día con optimismo. Hubiera dado igual no ducharse, porque lo que había afuera bastaba para despertar todos los sentidos.

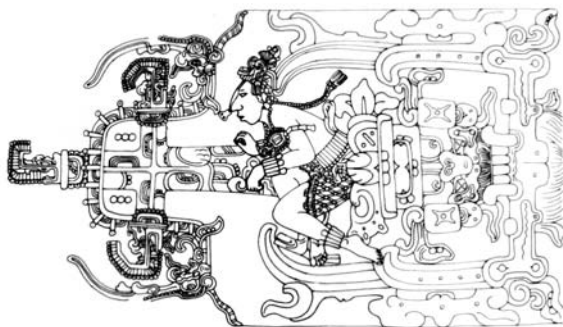
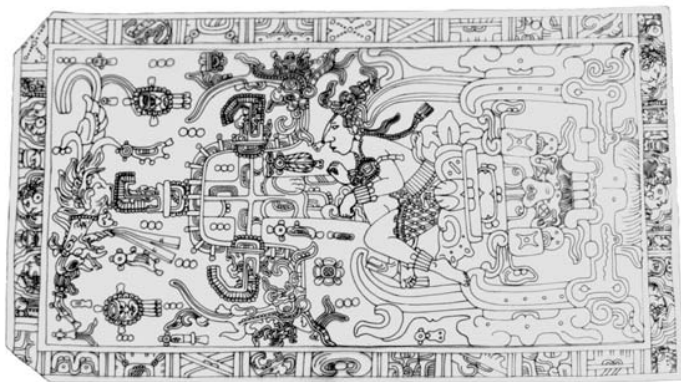


El «Templo de las inscripciones» visto por entre las ruinas de «El palacio». Sería uno más de los edificios de Palenque, de no ser por su misteriosa tumba y la polémica losa que la cubre.



Al igual que el resto de las pirámides mayas, se trata en realidad de un templo levantado sobre una estructura de forma piramidal. En este caso, el llamado «Templo de las inscripciones» está construido encima de nueve plataformas que, con toda probabilidad, representan las nueve regiones del inframundo, el reino de la muerte que recorren las almas, lo mismo que hace el Sol desde el ocaso, cuando es devorado por el «monstruo de la tierra», hasta el amanecer.

El primer elemento a considerar es el propio «vehículo». Contemplando la losa en sentido vertical, que es como ha de verse de acuerdo a otras representaciones que, con esos mismos elementos, hay en Palenque, por encima del personaje se ve una estructura que a simple vista puede ser cualquier cosa, pero que adquiere una apariencia mecánica por tres «tubos» acodados, uno arriba y dos a los lados, que, por si fuera poco, parecen articulados; a esa impresión contribuye también otro «tubo» sinuoso, con «abrazaderas» dis-



Basándose en lo aparente, muchos autores consideran que quien está representado en la losa es una astronauta a bordo de una pequeña nave espacial: «...en la parte anterior del cohete, justamente detrás del morro, parecen dispuestos diez acumuladores y también son visibles otros mecanismos captadores de energía». Por lo que respecta al presunto piloto: «...manipula palancas con ambas manos» y, además, «introducido en la nariz lleva un inhalador».

Capítulo 5

ERKS, LA CIUDAD
QUE NUNCA VI



No soy un buen jinete, pero en esos días una vieja lesión de rodilla había vuelto a manifestarse y no me quedaba otra alternativa si quería llegar hasta el cerro El Pajarillo. El capataz al que alquilamos la montura debió deducir con una simple ojeada que me iba más un manso corcel que un brioso alazán. No fue un juicio desacertado, pero creo que se excedió: aquél saco de huesos era la imagen misma de la decrepitud. Nos caímos bien, creo que por solidaridad, porque, tras unas extrañas fiebres que un par de semanas antes habían estado a punto de acabar conmigo en Costa Rica, andaba yo en esos días tan escaso de carnes como él. Piadosamente, mis compañeros de equipo se abstuvieron de hacer comentarios y emprendimos camino hacia la sierra. A veces los desniveles eran tan pronunciados, que optaba por descabargar para librar al venerable penco de mi peso y evitar que ambos rodáramos quebrada abajo; otras, era la propia compasión lo que me movía a apearme y a tirar de sus riendas en las cuestas arriba. Han pasado bastantes años desde entonces y supongo que ahora cabalgará retozón por las praderas del otro mundo. Vaya desde aquí mi agradecido recuerdo a su desgarbada estampa y a su filosófico carácter; fue una digna montura, aunque me proporcionase algún sobresalto, más por su quebradiza osamenta –inverosímilmente intacta al final del recorrido– que por mi propia seguridad, que en ningún momento sentí en peligro.

Tras cuatro horas de accidentada marcha llegamos a la ladera del cerro donde estaba la huella. A pesar del tiempo transcurrido era perfectamente reconocible: una gran elipse de cien metros de larga, con el pasto más claro que el resto. En un lugar más accesible habría durado menos tiempo, pero aquella parte de Argentina está escasamente poblada y son pocos los que han vuelto por allí después de la investigación que en su día se hizo.

Fue el 9 de enero de 1986. Esa noche, los habitantes de un pequeño rancho no muy lejos del cerro fueron protagonistas de una escena digna del mejor cine de Spielberg. Doña Esperanza, una de sus hijas y su nieto Gaby, jugaban a las cartas mientras llegaba la hora de acostarse. En esa época es verano por aquellas latitudes y de fuera llegaba el canto de las chicharras y algún mugido del ganado, sólo eso... Hasta que un nuevo sonido que venía de lejos les hizo interrumpir la partida:

«Oímos un ruido –así lo contó doña Esperanza–, como si viniera un automóvil; entonces dijimos: vamos a dejar, que viene alguien. Cuando fuimos a la pieza vimos la luz que, como tenemos la ventana alta, llegaba el reflejo. Era de color rojo. Al rato la veíamos acá y al rato para el otro lado... parecía como si corriera. Mi nietito, que es muy curioso, se quedó mirando por la ventana; nosotras nos estuvimos quietas y no nos atrevimos a mirar más. Pregúntele a él, que lo vio todo».

Y, naturalmente, le preguntaron, recibiendo por parte del nieto esta respuesta:

«Se veía del lado de atrás de la sierra, muy lejos, pero se acercaba a la casa. Mi tía le dijo a la abuela, ‘dese la vuelta’, porque tuvieron miedo, pero la luz llenó toda la pieza. Entonces fui a correr la ventana y miré por la reja: era una cosa redonda como una pelota. No se podía ver nada, pero enseguida apagó la luz fuerte que tenía abajo y prendió la más clarita y se lo podía ver todo. Era una cosa redonda, con rayas. Cuando se apagaba la luz clarita, con la fuerte no veía. ‘Eso’ andaba por los campos, se alejaba y luego volvía, venía de la sierra, se balanceaba y después seguía...».

(Fragmentos de la entrevista realizada en su día por los investigadores argentinos Elena Nilian y Héctor Antonio Picco).

Aunque dramática para quienes la protagonizaron, la experiencia podría ser considerada una más dentro de la dilatada casuística ovni: un objeto esférico y luminoso que evoluciona a pocos metros de altura sobre la casa y sus alrededores. Sin embargo, fuera lo que fuese aquel objeto, no se limitó a asustar a los testigos, sino que, además, dejó dos pruebas físicas de su excursión nocturna: la huella del cerro «El Pajarillo» y un sauce deshidratado.

Capítulo 6

MEMORIAS
DEL MAR MUERTO



En este ir y venir de una a otra parte del planeta buscando misterios, hemos llegado ahora, amigo lector, a un territorio áspero y duro, tan seco de agua como empapado de historia. Los pueblos más viejos del extremo oriental del Mediterráneo recorrieron estos desiertos y los regaron, no sé si generosa o neciamente, con su propia sangre. Sumerios, egipcios, caldeos, griegos, hebreos, romanos..., todos ellos lucharon por esta tierra como si fuera la más fértil y ubérrima, el más codiciable paraíso, cuando en realidad es sólo un reino de desolación y silencio.

Esa es al menos la primera impresión que recibe el viajero. Si, venciendo el inicial rechazo, permanece algún tiempo, descubrirá que tan árido paisaje encierra una belleza singular, diferente a la de cualquier otro, y que su aparente hosquedad resulta finalmente acogedora.

La Providencia quiso que en este rincón del mundo también hubiese un mar, pero, quizá por no contrastar con las tierras que lo rodean, lo hizo distinto de otros mares, sin vida ni esperanza de ella, al punto que se le conoce como el Mar Muerto. Las gentes que anduvieron por aquí lo llamaron en otras épocas Mar de la Llanura, Mar del Asfalto, Mar de Sal, Mar de Lot..., pero todos exageraron, porque no es mar, sino lago, ya que mide setenta y seis kilómetros de largo y apenas diecisiete en su parte más ancha. Sin embargo, en tan seco entorno resulta ser mucha agua, así que dejémosle el título de mar aunque sea pretencioso.

Está incluido en la Falla Afroasiática, la «Gran Falla», una hendidura geológica que se extiende desde el Asia Menor hasta África, y es el «mar» más bajo del mundo. Las pequeñas olas que, de cuando en cuando, agitan su superficie están casi cuatrocientos metros por debajo de los mares restantes, por eso el aire es aquí

más denso, con un quince por ciento más de oxígeno que a orillas del Mediterráneo o del Atlántico. Un aire pesado, caliente, impregnado de olor a azufre y con tan siniestra como injustificada fama, porque los historiadores clásicos decían de él que los pájaros no podían volar de una a otra orilla, cayendo envenenados a mitad de su vuelo por los gases nocivos. Lo cierto es que nadie teme hoy a esos pestilentes vapores, si es que los hubo alguna vez, y este lago con pretensiones de mar es frecuentado por turistas en busca de alivio para su artrosis o sus problemas de piel, al tiempo que disfrutan de la sensación, sólo en él posible, de flotar como el corcho: sus aguas sin vida contienen cinco veces más sal que cualquier otro mar u océano y, aunque lo intenten, los bañistas no pueden hundirse en ellas.

Salvo la que aportan algunos míseros riachuelos, su única provisión de agua es la que le llega del río Jordán, la arteria que dio vida a la Galilea bíblica. Un cauce constante que desemboca íntegramente en el Mar Muerto y que en él debería quedarse, porque mar o lago, el hecho es que no tiene desagüe alguno... Pero es tal el calor, que cada día se evaporan ocho millones de metros cúbicos de sus aguas, prácticamente la misma cantidad que recibe del Jordán, por eso cubre ahora casi la misma extensión que hace cuatro mil años, en tiempos de Abraham.

Aunque sin vida, siempre fue un mar útil.



Cuesta entender que esta tierra, en su mayoría un desierto árido e inhóspito, haya sido fruto codiciado y motivo de incontables y cruentas guerras.



El Mar Muerto es en realidad un lago que mide 76 kilómetros de largo y apenas 17 en su parte más ancha. Cuatrocientos metros por debajo del nivel de los otros mares, en sus orillas el aire es más espeso sofocante. Nada invita allí a quedarse..., hasta que se capta su belleza extraña y el viajero descubre que, lejos de lo aparente, el desierto resulta, a la postre, acogedor.

De él se llevaban los antiguos egipcios el betún para embalsamar a sus muertos y largas caravanas transportaban su preciada sal hasta lugares lejanos. Actualmente, la Empresa del Mar Muerto, unos tres kilómetros al sur del monte Sodom, extrae la riqueza mineral del lago y sus camiones cargados de potasa, de magnesio o de sal parten hacia el Norte, hasta el puerto de Ashdod, en el Mediterráneo, o siguen la ruta meridional para llegar a Eliat, en el Mar Rojo.

Tantas peculiaridades hacen del *Yam Hamelaj*, el «Mar de Sal», que ese es su nombre en hebreo, un mar singular, pero su verdadera importancia se la ha dado la historia. En torno a él se han producido acontecimientos que conmocionaron al mundo antiguo y misterios que aún están por resolver, como el de la destrucción de Sodoma y Gomorra.

«Entonces, Yahveh llovió desde el cielo sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego procedente de Yahveh. Arrasó, pues,

Fuéronle en muchas partes hechos templos, en los cuales pusieron bultos de piedra a su semejanza, y delante dellos hacían sacrificios: los bultos grandes questán en el pueblo de Tiahuanacu se tiene que fueron hechos de aquellos tiempos; y aunque por fama que tienen de lo pasado cuentan esto que digo de Ticiviracocha, no saben decir dél más ni que volviese aparte alguna deste reino».

No es la primera vez que reproduzco en un libro este fragmento de *Crónica del Perú*; quizá sea porque su autor, el extremeño Pedro Cieza de León (1520-1554), laico y sin vínculos de sangre con el país, resulta más objetivo que los otros dos grandes cronistas del Perú: Huamán Poma de Ayala y Garcilaso de la



«En muchos lugares diz que dio orden a los hombres cómo viviesen y que los hablaba amorosamente y con mucha mansedumbre, amonestándoles que fuesen buenos y los unos a los otros no se hiciesen daño ni injuria, antes, amándose, en todos obviase caridad».

afables, porque, igual que hiciera Yahveh, no satisfecho con la conducta de los hombres que había creado, decidió matarlos en masa de variadas formas, entre ellas, con el correspondiente diluvio:

«Más como entre ellos naciesen vicios de soberbia y codicia, traspasaron el precepto de Viracocha Pachayacachi, que cayendo por esta transgresión en la indignación suya, los confundió y maldijo.

Y luego fueron unos convertidos en piedras y otros en otras formas, otros tragó la tierra y a otros el mar, y sobre todo les envió un diluvio general, al cual ellos llamaron Uno Pachacuti, que quiere decir 'agua que trastornó la tierra'. Y dicen que llovió sesenta días y sesenta noches, y que anegó todo lo criado...».



«El dios llorón» de la Puerta del Sol de Tiahuanaco, con sus manos de cuatro dedos, cómo las del resto de figuras que le rodean en el friso de esa puerta monolítica, y el friso mismo, supuesto calendario de tiempos antediluvianos, han hecho pensar a muchos autores en un posible origen extraterrestre del dios de los Andes. Vaya usted a saber...



Fernando Jiménez del Oso

Nacido en Madrid en junio de 1941, estudió Medicina en la Universidad Complutense y se especializó en Psiquiatría, que ejerció durante años. Durante 30 años ejerció como psiquiatra. En su labor mediática dirigió, presentó y fue guionista en más de 800 documentales para televisión. Además, escribió más de 600 programas de radio, 6 libros y centenares de artículos

A comienzos de 1976, se encargó del programa «Más allá» y en 1982 de «La puerta del misterio». En 1989 escribió, dirigió y presentó dos series documentales de televisión sobre las culturas mexicana y peruana. Fue director de tres enciclopedias además de 5 colecciones de libros, creador y director de la revista «Más Allá» y «Enigmas del hombre y del universo».

Dirigió para Ediciones Nowtilus la colección «*La Puerta del Misterio*», una colección de 17 títulos sobre los temas más inquietantes de la actualidad y los enigmas de la historia. Fue también director de la colección *Investigación Abierta*, hasta su fallecimiento el 27 de marzo de 2005.